

EL TRATADO

La estética es la rama de la filosofía que define la belleza y lo bello, y cómo reconocer, fijar y juzgar esas categorías.

En Occidente, el término se usó por primera vez en 1750 para describir una ciencia del conocimiento sensible. Su núcleo de estudio era la belleza, mientras que el de la lógica era la verdad. Basada en dicotomías —belleza/verdad, estética/lógica—, la definición acabó describiendo un concepto polifacético que asumía que los opuestos generaban un resultado estético. Aquellas conjeturas y conclusiones pertenecen a la Europa del siglo XVIII, pero todavía se siguen usando.

Sin embargo, los criterios estéticos varían según época y cultura. En Asia, por ejemplo, para dar forma al pensamiento no es tan habitual adscribirse a dicotomías generales. Japón no le da tanta importancia a los binomios de cuerpo/mente, individuo/colectividad,

algo que, a menudo, tiene consecuencias de gran calado. Cabe decir que lo que aquí llamaremos estética japonesa —en comparación con la occidental— se interesa más por el proceso que por el producto final; más por la propia construcción de un yo que por la expresión del yo.

El concepto occidental de estética halla la belleza en algo que admiramos por lo que es más que por su uso, algo que el filósofo Immanuel Kant (1724-1804) llamó «finalidad sin fin». El Japón más tradicional lo ve de otra manera. Está más cerca de las definiciones europeas anteriores a la Ilustración, como la de Chaucer, «la Belleza pertenece a la Gracia», en la que la gracia de la idoneidad aviva el placer intelectual o moral, y da paso al concepto de aprobación social bajo la forma del buen gusto.

A principios del siglo xvii, Jean de la Bruyère, el moralista francés, definió esta cualidad de la siguiente manera: «Entre el buen juicio y el buen gusto está la diferencia de la causa y su efecto», una observación con la que Chaucer —y el Japón más tradicional en materia estética— puede que hubieran coincidido. En el ámbito de la estética, el gusto sigue siendo un juicio de valor relevante, y con eso habría de bastar, el problema es que todavía no hay acuerdo sobre en qué consiste el buen juicio.

El fluir del río es incesante, pero su agua nunca es la misma. Las burbujas que flotan en un remanso de la corriente ora se desvanecen, ora se forman, pero no por mucho tiempo. Así también en este mundo son los hombres y sus moradas. (...) El lugar, en realidad, no cambia; la gente parece más numerosa que nunca.

* * *

Aun así, de todas las personas que he conocido, solo quedan un par (...). Algunos mueren por la mañana, otros nacen al atardecer, como las burbujas sobre el agua. No sabemos de dónde vienen ni adónde van los hombres, tan solo que nacen para morir.

* * *

La manera en que la morada y su dueño rivalizan a la hora de ser el primero en desaparecer de esta vida efímera se asemeja al rocío en los pétalos de una campanilla.

Pensamientos desde mi cabaña,
KAMO NO CHŌMEI (1153-1216).
Trad. de Kazuya Sakai

Entre las cualidades que se derivan de los planteamientos de la estética tradicional japonesa, Donald Keene distingue la sugestión, la irregularidad, la simplicidad y la fugacidad. Estos cuatro rasgos pueden parecer los ingredientes fundamentales del gusto japonés, pero, al mismo tiempo, Keene apunta que «la exageración, la uniformidad, la profusión y la durabilidad tampoco están precisamente ausentes».

A la estética occidental no siempre le resulta

ajena la simplicidad, la asimetría y la sugestión, pero que la idea de belleza recaiga en su propia cualidad de ser efímera es mucho menos común. No obstante, la fugacidad sigue siendo lo que Keene considera «el ideal estético japonés más distintivo». Sin duda, fue de los que surgió primero; se basa en el concepto budista de *mujō*, un término que suele traducirse por ‘impermanencia’: nada es estable y nuestro único solaz es aceptarlo e incluso celebrarlo.

Unos países dicen una cosa y otros, otra. Japón, tradicionalmente, ha considerado que se nos es dado un estándar para que lo pongamos en práctica. Está ahí, a nuestro alcance, cada día: las cosas tal como son, o la Naturaleza en sí misma. Tiene sentido, en verdad; parece que no pueda entenderse de otro modo: la Naturaleza debería ser nuestro modelo, podemos contemplarla, aprender de ella. Cuando Keats trastocó los patrones estéticos occidentales con su célebre afirmación de «la verdad es belleza; la belleza, verdad», estaba muy cerca de la idea asiática de que

ambas son idénticas, y también de plantear que las dicotomías son herramientas demasiado encorsetadas para definir la plenitud de la observación.

El *aperçu* de Bruyère es, sin duda, tan juicioso que podría aplicarse a todo. Pero no, lo cierto es que solo encaja en Japón. Como dijo el esteta Makoto Ueda: «En la estética japonesa premoderna, la distancia entre arte y naturaleza era considerablemente menor que en sus homólogas europeas». El novelista Jun'ichirō Tanizaki escribió en aquel texto seminal sobre estética que tituló *El elogio de la sombra*: «Pero eso que generalmente se llama bello no es más que una sublimación de las realidades de la vida».

En el resto del mundo —en Europa e incluso a veces en China—, la Naturaleza, como guía, estaba presente, pero su papel se limitaba a la mimesis, a la reproducción realista. En Japón, en origen, aquello no era suficiente. Es como si existiera un acuerdo por el cual la naturaleza de la Naturaleza no pudiera presentarse mediante la descripción literal, sino solo sugerirse, y que el apunte más sutil (pensemos en el haiku) fuera la obra de arte con más gusto de todas.

Ahí, el arte y la artesanía japonesas —una división que no hacían en el Japón premoderno— imitaban las maneras de actuar de la naturaleza en lugar de sus resultados. Una de sus actitudes era la simplicidad. No hay nada meramente ornamental en la naturaleza:

cada rama, cada nudo del árbol y cada hoja cuenta. Visibilizar la estructura, incidir en la textura —o incluso, de manera más rotunda, desplegar una falta de artificio casi ostentosa—: eso es lo que aprendieron a hacer en Japón. Esa clase de simplicidad se acabó delimitando mediante diferentes categorías —por ejemplo, el *wabi* y el *sabi*, un binomio de la estética japonesa en el que nos detendremos más tarde—. Una consecuencia que se deriva de esta manera de pensar es que, como prerequisite del gusto, esa simplicidad se consideraba bella.

En Occidente, la palabra *estética* tiene múltiples acepciones. La más extendida distingue lo bello de aquello que solo es agradable, solo moral o —en particular— solo útil. En sus planteamientos sobre el conocimiento sensible, cuyo objetivo es la belleza —en contraste con la lógica, que siempre busca la verdad—, la Estética se acaba convirtiendo en una doctrina que insiste en que, sean cuales sean los principios de la belleza, son principios fundamentales porque todos los demás —el de lo bueno, el de lo justo— se derivan de ellos.

La idea anterior se considera verdadera porque se da por hecho que el conocimiento viene de la presentación inmediata de la realidad y no del pensamiento

Donald Keene cita la observación del poeta y sacerdote Ton'á (1289-1372), que decía que «el rollo es bonito solo cuando el envoltorio de seda se ha deshilachado por la parte superior e inferior»; también cita aquella célebre sentencia sobre la transitoriedad del ensayista Yoshida Kenkō (1283-1340): «Si el ser humano nunca fuera a desaparecer (...) sino que se rezagase para siempre en el mundo, qué poco poder tendrían las cosas para conmovernos. Lo más valioso de la vida es su incertidumbre».

Estas dos citas pueden compararse con algunas referencias contemporá-

neas occidentales sobre la importancia de lo transitorio, como esta de Vladimir Nabokov: «Belleza y piedad: es lo más cerca que podemos estar de definir el arte. Donde hay belleza hay piedad por la simple razón de que la belleza ha de morir: la belleza siempre muere».

El ruso, en este caso, prefiere la aflicción mientras que los clásicos japoneses prefieren la afirmación. De ahí que admiren un cuenco de té viejo y agrietado; de ahí que sientan entusiasmo por la fugaz flor, o el citadísimo paralelismo con el verdadero samurái, que muere en el momento cumbre de su fuerza y belleza.

analítico en sí mismo. *Estética* viene del griego *aesthesis*, que significa percepción o sensación. A partir de ahí creció la rama de la filosofía llamada Estética, que se centra en lo bello, en las teorías de la belleza, en su carácter esencial, en las emociones que esta suscita y las convenciones que se manifiestan en el «gusto».